

a de la verdad

magnífico editorial que publicó ayer el periódico ma-
nensión hacia el pueblo vasco, cuyos conceptos sus-

munidad nacional española ha sufrido en el último mes.
Y si alguien ha tenido un pensamiento de rencor y
de venganza, perfectamente explicable después de tan-
tos actos de agravio a los símbolos de esa unidad que
es, por encima de todo, solidaridad, lo ha apartado en el
acto. Ya estaba ayer en Valencia dispuesto un convoy
de ayuda para los vizcainos, porque como los levantinos
han sufrido en carne propia una tragedia semejante
hace bien poco y han sabido de esa necesaria unidad
de todos los españoles, han sido los primeros en reco-
ger medicinas y alimentos para los hermanos del norte.

No basta, sin embargo, en estas ocasiones, un senti-
miento de difusa compasión universal. Hacen falta las
instituciones del Estado y de la sociedad organizada. Y
ahí están, funcionando con todo el rigor y precisión po-
sibles, demostrando su necesidad a quienes a veces di-
vagan sobre la idea de quedarse solos, lejos y fuera de
España.

¿Quiere alguien ahora, en el País Vasco, pensar lo
que hubiera sucedido si su destino estuviera en manos
de esas bandas de pistoleros autotitulados «ejército de
liberación» y de las turbas de Herri Batasuna? ¿Qué hu-
biera sucedido en esta Albania cántabrica con la que
sueñan los abertzales?

Sin la ayuda inmediata de toda España puede decirse
que la catástrofe en vidas y haciendas del País Vasco
sería gigantesca y que, sin la ayuda de España entera
Vizcaya tardaría muchos años en recuperarse por sí sola
de la destrucción sufrida.

Pero ahí están los helicópteros de Burgos, los barcos
de Cádiz y Huelva, los pontoneros aragoneses y caste-
llanos. Ahí están, a oscuras, en el barro, sin más contra-
partida que la satisfacción de cumplir ese deber de soli-
daridad que aún parece más obligado cuando lo nece-
sita el que ayer lo menospreciaba.

Después de esta revisión en el diccionario nacional
de la palabra «Solidaridad» hay que hacer una recomen-
dación política: nadie debe intentar aprovechar ni para
un partido ni para una determinada estrategia del Es-
tado, por muy legítima que sea, la tragedia vasca. Sólo
la comunidad nacional debe salir fortalecida.

Después de esa inmensa labor de reconstrucción en
la que toda España debe volcarse no hay nada que pe-
dir, nada que recordar.

Sólo se ha hecho lo que todos los españoles están
obligados a hacer entre sí: ayudarse, en la confianza de
que un día, ojalá dentro de muchos años, los extreme-
ños o los andaluces vean venir en su ayuda, en una no-
che trágica, a los vascos españoles que están compro-
bando, ahora, a la hora de la verdad, el auténtico y úl-
timo significado de la bandera de España que, junto a la
ikurriña, hoy se yergue, incombustible, en medio de la
tormenta, en aquella tierra más que nunca dentro de
nuestro corazón.



Las muestras de solidaridad proliferaron como contrapunto a la tragedia.



Las huellas de la tragedia eran patentes. Ahora es el momento de la reconstrucción.

